

LA FILOSOFÍA, HOY (XXV)

El racionalismo crítico (K. Popper, H. Albert)

La búsqueda del conocimiento y su fundamento ha sido una constante de la reflexión filosófica, pero hasta nuestro siglo no se había elaborado una teoría de la ciencia que explicara la relación entre verdad y error, saber y falibilidad, realidad humana y construcción social. Karl Popper y Hans Albert han dedicado su obra a tal empeño, creando la corriente de pensamiento denominada «racionalismo crítico». Se asocian a ella otros nombres de resonancia internacional como G. Radnitzky, G. Andersson, J. Agassi, W.W. Bartley, J.W.N. Watkins, etc.

Karl R. Popper (Viena, 1902-Londres, 1994) es el más creativo e influyente de los mencionados. Definió el «racionalismo crítico» en su libro *El desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y refutaciones*: la búsqueda de la verdad obliga a la detección y eliminación de errores y a la pregunta sobre cómo podemos llevar a cabo esta tarea, el autor contes-



Margarita Boladeras es catedrática de Filosofía Moral y Política de la Universidad de Barcelona, miembro del Comité de ética de Investigación Clínica del IMIM (Instituto Municipal de Investigación Médica) de Barcelona y de la Comisión Asesora de Bioética de la Generalidad de Cataluña. Autora de *Popper (1902-1994)* (1997), *Comunicación, ética y política. Habermas y sus críticos* (1996), *Libertad y tolerancia. Éticas para sociedades abiertas* (1993) y *Bioética* (1998), entre otros títulos.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo», el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a Ciencia,



ta: «criticando nuestras propias teorías y presunciones.(...) Esta respuesta resume una posición a la que propongo llamar 'racionalismo crítico'». La capacidad de crítica debe encontrar el rigor necesario en los procedimientos de contrastación empírica y en las formas de discusión a partir de argumentos y razones; en *El mito del marco común* concluye: «Sostengo que la ortodoxia es la muerte del conocimiento, pues el aumento de conocimiento depende por entero de la existencia del desacuerdo.»

→

Lenguaje, Arte, Historia, Prensa, Biología, Psicología, Energía, Europa, Literatura, Cultura en las Autonomías, Ciencia moderna; pioneros españoles, Teatro español contemporáneo, La música en España, hoy, La lengua española, hoy, y Cambios políticos y sociales en Europa.

'La filosofía, hoy' es el tema de la serie que se ofrece actualmente. En números anteriores se han publicado ensayos sobre *La ética continental*, por Carlos Thiebaud, catedrático de la Universidad Carlos III, de Madrid (febrero 1997); *Actualidad de la filosofía política (Pensar la política hoy)*, por Fernando Quesada Castro, catedrático de Filosofía Política en la U.N.E.D (marzo 1997); *La filosofía del lenguaje al final del siglo XX*, por Juan José Acero Fernández, catedrático de Lógica de la Universidad de Granada (abril 1997); *Filosofía de la religión*, por José Gómez Caffarena, profesor emérito de Filosofía en la Universidad de Comillas, de Madrid (mayo 1997); *La filosofía de la ciencia a finales del siglo XX*, por Javier Echeverría, profesor de Investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Instituto de Filosofía), de Madrid (junio-julio 1997); *La metafísica, crisis y reconstrucciones*, por José Luis Villacañas Berlanga, catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad de Murcia (agosto-septiembre 1997); *Un balance de la modernidad estética*, por Rafael Argullol, catedrático de Humanidades en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona (octubre 1997); *El análisis filosófico después de la filosofía analítica*, por José Hierro Sánchez-Pescador, catedrático de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universidad Autónoma de Madrid (noviembre 1997); *Imposible futuro (Un ejercicio de la filosofía de la historia)*, por Manuel Cruz, catedrático de Filosofía de la Universidad de Barcelona (diciembre 1997); *La «Dialéctica de la Ilustración», medio siglo después*, por Jacobo Muñoz, catedrático de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid (enero 1998); *Filosofía del diálogo en los umbrales del tercer milenio*, por Adela Cortina, catedrática de Ética y Filosofía Política de la Universidad de Valencia (febrero 1998); *La ética anglosajona*, por Victoria Camps, catedrática de Filosofía Moral y Política de la Universidad Autónoma de Barcelona (marzo 1998); *Marxismos y neomarxismos en el final del siglo XX*, por Francisco Fernández Buey, catedrático de Filosofía Política en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona (abril 1998); *La fenomenología como estilo de pensamiento*, por Javier San Martín, catedrático de Filosofía en U.N.E.D. (mayo 1998); *El movimiento fenomenológico*, por Domingo Blanco, catedrático de instituto y profesor titular de Ética de la Universidad de Granada (junio-julio 1998); *La hermenéutica contemporánea, entre la comprensión y el consentimiento*, por Mariano Peñalver Simó, catedrático de Filosofía de la Universidad de Cádiz (agosto-septiembre 1998); *Más allá de la fenomenología. La obra de Heidegger*, por Ramón Rodríguez, catedrático de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid (octubre 1998); *Movimientos de Desconstrucción, pensamientos de la Diferencia*, por Patricio Peñalver Gómez, catedrático de Filosofía de la Universidad de Murcia (noviembre 1998); *Las Escuelas de Frankfurt o «Un mensaje en una botella»*, por Reyes Mate, profesor de Investigación y director del Instituto de Filosofía del CSIC (diciembre 1998); *Filosofía del Derecho: legalidad-legitimidad*, por Elías Díaz, catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid (enero 1999); *Hermenéutica filosófica contemporánea*, por Juan Manuel Navarro Cordón, catedrático de Metafísica y director del departamento de Filosofía I de la Universidad Complutense, de Madrid (febrero 1999); *La Ilustración parisina: del estructuralismo a las ontologías del presente*, por Miguel Morey, catedrático de Filosofía de la Universidad de Barcelona (marzo 1999); *El existencialismo*, por Celia Amorós, catedrática de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid (abril 1999); y *Oscura la historia y clara la pena: informe sobre la postmodernidad*, por Félix Duque, catedrático de Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid (mayo 1999).

La Fundación Juan March no se identifica necesariamente con las opiniones expresadas por los autores de estos Ensayos.

EL RACIONALISMO CRÍTICO

Hans Albert (Colonia, 1921) hace patente el compromiso ético que supone cualquier decisión sobre procedimientos: «La aceptación de un método determinado, y también la del método del examen crítico, envuelve una decisión moral, pues significa la adopción de una praxis metodológica muy fructífera para la vida social, una praxis que no sólo es de la mayor importancia para la construcción de teorías y para la representación, elaboración y examen de teorías, sino también para su aplicación y para el rol del conocimiento en la vida social. El modelo de racionalidad del criticismo es el esbozo de una forma de vida, de una praxis social, que tiene significación ética y, por consiguiente, también significación política. No es ninguna exageración, sino solamente la afirmación de una relación simple y fácilmente comprensible, el mostrar que el principio del examen crítico establece, entre otras, una *conexión* entre lógica y política» (*Tratado sobre la razón crítica*).

Popper y la London School of Economics

Muchos estudiosos que han pasado por la London School of Economics de la Universidad de Londres recuerdan al profesor de filosofía que fue Karl R. Popper, orador claro y brillante, buen concededor de disciplinas diversas, persona amable y polemista duro. Llegó a este centro por invitación de F. A. von Hayek, en 1945, y en 1949 obtuvo la cátedra de Lógica y Filosofía de la Ciencia; allí permaneció hasta su jubilación en 1969. Sus contactos con otras universidades de Europa, EE. UU., Japón y Australia fueron muy numerosos a lo largo de su vida; recibió el nombramiento de doctor *Honoris Causa* por catorce de ellas.

Los acontecimientos previos a la Segunda Guerra Mundial provocaron que Popper buscara refugio fuera de Austria. Emigró a Australia, donde conoció al neurobiólogo Eccles (con el que más tarde escribiría *El yo y su cerebro*, 1977). Posteriormente aceptó la hospitalidad británica, e incluso recibió el título de «Sir» en 1965.

En el ambiente intelectual londinense encontró compatriotas como H. Gombrich, el autor de *Arte e Ilusión*, con el que compartió ideas y formas de enjuiciar el arte, ámbito prácticamente ignorado por Popper en sus libros. Con todo, quiso dejar cons-

tancia en su autobiografía intelectual (*Búsqueda sin término*, 1976) de sus intereses estéticos y musicales, esbozando una teoría del arte que, frente al expresionismo subjetivista, reivindica la primacía de la creatividad constructiva objetiva («el objetivo primordial del verdadero artista es la perfección de la obra»). En dicho contexto, agradece las indicaciones de su amigo Gombrich y deja entrever el intercambio de ideas que hubo entre ellos.

Karl Popper tuvo la suerte de vivir en Viena hasta 1937, en unos años de florecimiento científico y cultural extraordinario, aunque también de grandes problemas y tensiones sociales, que le aportaron experiencias decisivas para la orientación de su pensamiento y obra posterior. Allí entró en contacto con los pensadores del Círculo de Viena (Schlick, H. Hahn, Carnap, Neurath, etc.), de los que asimiló la aspiración al rigor lógico y la necesidad de formular una nueva teoría de la ciencia que tuviera en cuenta los últimos desarrollos de la matemática, la física y las ciencias naturales; sin embargo, no compartió sus intentos de fundamentación del conocimiento sobre una fenomenología de las sensaciones y una concepción lógico-inductivista. Su sentido crítico se dirigió asimismo contra su conciudadano Freud, el creador del psicoanálisis, y contra las estrategias políticas de sus contemporáneos; el ambiente socio-político le produjo una profunda insatisfacción, a la vez intelectual y moral; la violencia verbal y callejera de la que fue testigo provocó su oposición radical al comunismo.

Un ambiente familiar culto y liberal estimuló su curiosidad y su gusto por la discusión de ideas. Conoció las teorías sobre el cálculo de probabilidades gracias a la relación con un tío suyo profesor de estadística y economía de la Universidad de Viena; fue alumno del célebre matemático Hans Hahn, a la vez que estudiaba física y ciencias naturales. Amigo del investigador de la psicología animal Konrad Lorenz (más adelante famoso etólogo y premio Nobel, autor de *Sobre la agresión: el pretendido mal*, 1963), se interesó por la psicología y la pedagogía. Sus licenciaturas en matemáticas y física, y su doctorado en Filosofía muestran hasta qué punto procuró trascender las delimitaciones académicas, logrando un conocimiento pluridisciplinario que le permitió dar respuestas nuevas a viejos dilemas.

Sus encuentros personales con autores como Tarski, Russell, Eccles, Einstein, Bohr, Oppenheim, etc., aumentaron su capaci-

dad de reflexión sobre el mundo físico y la metodología científica. Otros intelectuales despertaron su animadversión; tal es el caso del influyente Wittgenstein, de origen vienés como él, con el que coincidió en una célebre sesión del *Moral Sciences Club* de Cambridge, en 1946. Otros racionalistas críticos, especialmente G. Radnitzky, han proseguido la crítica a las teorías wittgensteinianas.

La necesidad de sociedades abiertas

La mayor parte del dolor y de las penalidades de la humanidad se deben a situaciones conflictivas derivadas de los abusos de la codicia y la brutalidad. La historia nos muestra hasta qué punto el ser humano ha sufrido toda clase de agresiones por parte de tiranos y opresores; la única manera de evitar tales excesos consiste en el establecimiento de formas sociales y políticas democráticas, en las que sea posible delimitar el poder e introducir mecanismos de control y de cambio. Sólo las sociedades que se construyen a partir del respeto a las libertades individuales y políticas pueden, si no erradicar, por lo menos combatir la arbitrariedad y la injusticia.

Popper se hizo famoso por dos libros de combate ideológico, en una época dramática de guerra abierta, primero, y de guerra fría después: *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945) y *La miseria del historicismo* (1944-45). Éste es un alegato contra las ideas dominantes en aquellos años de la inexorabilidad de las leyes históricas y «el sentido de los tiempos (o la llamada del Destino)» (direccionalidad del acontecer histórico); los dictadores comunistas se apoyaban en la primera, Hitler y Mussolini en la segunda. En su formulación se confunden interpretaciones y hechos, profecía y prognosis racional, intereses humanos irracionales y finalidad de la historia. Si se quiere conocer la situación social y hacer prospectiva, hay que apoyarse en las ciencias sociales y distinguir con claridad entre las explicaciones de hechos, la existencia de determinados intereses y deseos subjetivos, las distintas opciones sobre fines y sobre los medios para obtenerlos, los problemas individuales y colectivos de la toma de decisiones y el grado de racionalidad de la mismas (justificación por razones o no). El futuro no está cerrado; se hace con las decisiones de los

agentes sociales; éstas pueden ser racionales o irracionales, provocando consecuencias de signo muy distinto.

En *La sociedad abierta y sus enemigos* el autor presenta las teorías políticas de Platón, Hegel y Marx como modelos de «sociedad cerrada». Platón sitúa en el pasado las formas áureas, que se han corrompido y degradado con el paso del tiempo (historicismo de la degeneración); el cambio social supone corrupción y decadencia; se impone, pues, una república depurada, estática, un «estado detenido» en el que no haya lugar para el cambio; se podría hablar de una utopía del inmovilismo. También Hegel y Marx desarrollan una filosofía historicista y utópica; el primero, con ayuda de un sistema dialéctico lógicamente indefendible, presenta la Historia, el Estado y la Nación como universales reales y trascendentales que se imponen a los individuos y determinan sus vidas, una propuesta que Popper juzga como un retorno al pensamiento tribal y totalitario. De las teorías marxianas, el tiempo se ha encargado de mostrar su falsedad: ni su determinismo sociológico, ni sus prognosis históricas o económicas han resultado ciertas; deberíamos aprender de la constatación de dichos errores.

Bien al contrario de lo que pretenden dichas teorías, las sociedades requieren una autocomprensión a partir de la pluralidad y heterogeneidad de los elementos que las componen, así como de la multiplicidad de dinámicas que les permiten sobrevivir y corregir contradicciones. La capacidad de cambio es decisiva para poder asumir las adaptaciones necesarias a las situaciones nuevas y puede emplearse mejor o peor según el esfuerzo crítico y constructivo que se aplique a ello. La sociedad abierta debe partir de esta realidad básica y crear estructuras políticas e institucionales coherentes y eficaces; el modelo democrático no es perfecto, pero es el menos malo de los sistemas políticos porque permite la corrección de errores y el reemplazo de los políticos que no cumplen con sus responsabilidades.

Popper llama «ingeniería social fragmentaria» a esta forma de concebir la necesaria reconstrucción de la sociedad, desde la que se propone recomponer paso a paso las distintas piezas del entramado social que resulten disfuncionales o defectuosas, orientando las decisiones según criterios racionales (críticos). En obras posteriores reitera sus puntos de vista: *En busca de un mundo mejor*, *La responsabilidad de vivir*, *El mito del marco común*, etcétera.

La teoría del ensayo-error. Falsación

Toda la filosofía popperiana se encuentra de algún modo relacionada con sus preocupaciones epistemológicas y su concepción del método científico, que es la parte más relevante de su contribución filosófica. Concibe su teoría del conocimiento relacionada con una idea de origen darwinista: el ensayo-error. La dinámica del ensayo-error es la base del desarrollo de los organismos vivos; el conocimiento humano, si bien constituye un estadio superior de organización, autorregulación e intervención, también se rige por este principio elemental.

El trabajo científico pretende resolver problemas, elaborando hipótesis que orientan la selección y el tratamiento de los datos empíricos, según unas expectativas de resultados; la obtención o no en el ámbito empírico de las inferencias que se derivan de las hipótesis es la única prueba que permite hablar de éxito o fracaso, de explicación pertinente o no, y progresar de manera efectiva en el conocimiento de la realidad. La búsqueda de la eliminación de errores, el trabajo sistemático para encontrar los fallos de las hipótesis (procedimientos de «falsación», de mostrar la falsedad), es lo que caracteriza la investigación rigurosa.

La experimentación científica es la sistematización racional de la capacidad de ensayo y corrección de errores del ser humano, un proceso de delimitación de las teorías más o menos explicativas y predictivas de los fenómenos empíricos, que hace posible detectar el error o suponer la verosimilitud de las hipótesis utilizadas.

Hay un mundo objetivo y una verdad objetiva. Se necesita y se puede dar una *definición* de verdad con relación a los enunciados sobre hechos (en un marco de referencias bien delimitado), en el sentido de establecer la relación pertinente de estos términos con los fenómenos empíricos (Popper acepta la definición semántica de verdad de Tarski). Pero un *criterio general de verdad* para explicaciones o teorías generales no existe. La idea de una verdad objetiva es una idea *regulativa*, que orienta las investigaciones y permite comparar o evaluar teorías con relación a su mayor o menor contenido informativo, su mejor o peor eficacia explicativa y heurística, su grado de aproximación a la verdad.

Esta idea regulativa de verdad, por supuesto, tampoco da ac-

ceso a un procedimiento de *fundamentación absoluta* de la verdad. El conocimiento humano sólo progresa paso a paso, parcela a parcela, en un proceso continuado de análisis crítico de problemas heredados, replanteamiento de algunos de ellos, formulación de nuevas hipótesis, contrastación empírica de las mismas, revisión de errores, redefinición de conceptos, cambios de perspectiva en la consideración de los datos empíricos, etcétera; los científicos inventan teorías para introducirse en los mecanismos de la naturaleza y dominarlos. Cuando se logra dicho objetivo, muchos autores consideran que se alcanza la *certeza* de la verdad; Popper indica que sólo se tienen *buenas razones* para mantener dichas teorías, mientras no se presenten fallos relevantes. La nunca *absoluta* seguridad de la verdad obliga a adoptar la idea de «falibilidad» como característica del conocimiento humano.

No debe confundirse esta posición con el convencionalismo y el relativismo; bien al contrario, Popper los critica con dureza. Por ello se autodefine como «realista crítico» e insiste en el carácter objetivo del conocimiento: es fundamental la distinción entre el contenido conceptual –objetivo– y los estados mentales; existe un mundo empírico que es conceptualizado y explicado por las teorías científicas, gracias a la capacidad cognitiva de los científicos, pero las propiedades conceptuales y las relaciones semánticas no dependen de los estados subjetivos de éstos. Es importante no confundir estos tres niveles de la realidad (tres mundos): 1) objetos o estados físicos, 2) estados de conciencia o estados mentales, 3) contenidos de pensamiento objetivo. Una cosa es la subjetividad del científico, las circunstancias sociológicas o políticas de su trabajo, y otra distinta los procedimientos intersubjetivos de prueba y examen crítico de los elementos conceptuales que se utilizan para la captación de la realidad; la lógica interna de los conceptos y la contrastación empírica de su contenido informativo implican dinámicas claramente diferenciadas de las psicológico-subjetivas. Esta teoría de «los tres mundos» es presentada de forma amplia en *Conocimiento objetivo* y *El yo y su cerebro*.

El popperianismo defiende una teoría del conocimiento basada en el carácter procesual, fragmentario, falibilista y críticamente reconstructivo del quehacer científico. Frente a la creencia clásica de que el saber empírico procede por inducción, Popper afirma el carácter deductivo del razonamiento. Este planteamiento

se encuentra ya en el primer libro de Popper, de gran calado conceptual y crítico, *La lógica de la investigación científica* (1934), en el que rebate el inductivismo, formula ya su teoría «falsacionista» y la postula como criterio de demarcación entre los enunciados científicos y los que no lo son; luego amplió sus argumentos en *El desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y refutaciones, Conocimiento objetivo y Los dos problemas fundamentales de la epistemología*. El científico no parte de «hechos puros» que analiza sin supuestos previos y ordena de forma general y abstracta; todo lo contrario: parte de problemas que le vienen dados en un contexto conceptual y en función de un conjunto de coordenadas de distinto orden y signo; es decir, trabaja sobre la base de estructuras conceptuales que implican categorías, relaciones, clasificaciones, ordenaciones, etcétera. En este sentido, Popper se manifiesta kantiano. Las hipótesis son enunciados generales de los que se derivan enunciados de hecho, que pueden ser contrastados con la realidad empírica (falsabilidad); esto implica un proceso deductivo, perfectamente establecido como forma lógica válida (*modus tollens*).

Sus disputas con Kuhn, Lakatos y otros epistemólogos propiciaron algunas correcciones de sus teorías cuyo detalle no se puede abordar aquí. Sin embargo, es imposible omitir la referencia a una de sus últimas propuestas: la teoría de las «propensiones» (*Un mundo de propensiones*, 1990); es un intento de interpretación «objetiva» de la teoría de la probabilidad y de interpretación «realista» de la teoría cuántica. Las propensiones son realidades físicas, fuerzas, no meras posibilidades. El mundo de la física actual ha introducido la indeterminación como factor significativo y el cálculo de las tendencias o propensiones es relevante.

Otras obras de los años ochenta y de especial significación son: *El universo abierto, Teoría cuántica y el cisma en física y Realismo y el objetivo de la ciencia*.

El racionalismo crítico de Hans Albert

No todas las teorías de Popper son compartidas con igual entusiasmo por otros autores racionalistas críticos. Hans Albert adopta el núcleo del falibilismo, la crítica a las pretensiones de fundamentación última, el carácter constructivo, conjetural y de-

ductivo de los enunciados científicos, etc., pero teoriza con mayor claridad su posición de epistemólogo monista (no acepta el dualismo de un saber sensible y un saber intuitivo) y de filósofo social pluralista (la única posibilidad de racionalidad social viene dada por la consideración de distintas opciones y su discusión crítica). Su formación de economista y sociólogo decanta su obra hacia una propuesta de filosofía social, en la que asume de forma crítica las tradiciones empiristas y liberales de dichas disciplinas.

Según una de las viejas tradiciones intelectuales de Alemania, este filósofo se dio a conocer por sus aportaciones polémicas: un debate célebre, *La disputa del positivismo en la sociología alemana* (1969), unió los nombres de Popper y Albert, como racionalistas críticos, frente a Adorno y Habermas, defensores de la *teoría crítica* de la Escuela de Frankfurt; la discusión sirvió para mostrar no sólo la divergencia radical de dichas posiciones, sino también las críticas de ambas a la sociología ingenuamente empírica y reduccionista, así como a la imposibilidad de mantener la suposición de «neutralidad» de los científicos.

Siguieron otras controversias con los filósofos de la hermenéutica (*Crítica de la hermenéutica pura: el antirrealismo y el problema del comprender*, 1994, libro que amplía los argumentos polémicos ya expresados en muchos trabajos anteriores como *Ensoñaciones trascendentales. Los juegos de lenguaje de Karl-Otto Apel y su dios hermenéutico*, 1975) y con Hans Küng (*La miseria de la teología: discusión con Hans Küng*, 1979).

Uno de los aspectos que ha tratado más ampliamente a lo largo de su obra es el examen crítico de las epistemologías empírica y racional basadas en una supuesta fundamentación última, irremisiblemente dogmática (*Tratado sobre la razón crítica*, 1968; *Crítica de la teoría pura del conocimiento*, 1987; *La ciencia y la falibilidad de la razón*, 1982).

Sociología, economía y filosofía social

Ya Max Weber, el autor que acuñó el concepto de «neutralidad axiológica o valorativa», escribió que, además de la racionalidad económica formal, existe la racionalidad material, caracterizada por el «grado en que el abastecimiento de bienes dentro de un grupo de hombres (cualesquiera que sean sus límites) tenga lugar

EL RACIONALISMO CRÍTICO

por una acción social de carácter económico orientada por determinados *postulados de valor (cualesquiera que sea su clase)*» (*Economía y sociedad*).

Hans Albert defiende la economía y la sociología empíricas, concebidas desde el punto de vista falsacionista, y vinculadas necesariamente al objetivo de la racionalización de la vida social. Éste sólo se alcanza cuando se integran los conocimientos que proporcionan las ciencias sociales (sociología, economía, psicología social, demografía, política, etc.) y se organizan en función de las aspiraciones de los individuos. A este tipo de investigación refiere el término de filosofía social.

Es importante tener en cuenta las aportaciones de los grandes economistas clásicos y contemporáneos, Pareto, Pigou, Weber, Arrow, Myrdal, von Hayek, Schumpeter, von Mises, Buchanan, Tullock, etc., pero Albert cree que la economía actual ha heredado de Pareto y de otros autores de principios de siglo los planteamientos abstractos de algunos análisis teóricos necesarios. El rigor conceptual no debe hacer olvidar que, en el ámbito del ordenamiento socio-económico, el objetivo es la satisfacción de los miembros de la sociedad y que ésto no es posible si no se conocen y se tienen en cuenta las preferencias y los intereses de los individuos. La economía no puede utilizarse al margen de la sociología y sólo puede ser racional cuando se articula con ella, en un marco político que permita la crítica y la expresión de las preferencias e intereses de los actores sociales. Así, por ejemplo, la economía del bienestar descansa en un tipo de organización económica, que implica una escala de valores previa; ¿qué tipo de discusión y de aceptación social existe sobre ello?

La economía no tiene bien resuelta su contextualización. En el orden técnico, deben investigarse al máximo las posibilidades econométricas, pero sin perder de vista que sus análisis y predicciones sólo podrán alcanzar resultados satisfactorios para los miembros de la sociedad dentro de una contextualización proporcionada por una sociología y una política racionales, en las que se lleve a cabo la discusión de opciones diversas, supuestos, implicaciones, consecuencias, etc.

Entre sus obras dedicadas a esta problemática se encuentran: *Ideología económica y teoría política* (1954), *Sociología de mercado y lógica de la decisión* (1967) y *Construcción y crítica* (1972).

Ética y metaética

En coherencia con su filosofía social, Albert cree que el ámbito de la ética no constituye un dominio autónomo y cerrado, ni es el reino de los imperativos categóricos, ni es reducible a filosofía del lenguaje. La filosofía moral debe dar cuenta de la normatividad y, por ello, no puede separarse de la filosofía social, porque la vida social constituye la raíz y la materia de su existencia.

La ética no puede construirse al margen de los conocimientos adquiridos, porque las decisiones personales tienen lugar en un marco de condiciones existenciales y contextuales que puede y debe conocerse. La ciencia puede ofrecer elementos de juicio para tomar decisiones acordes con la realidad y con nuestras aspiraciones; que sean racionales por la adecuación de los medios a los fines y por la evaluación crítica de los objetivos perseguidos y sus consecuencias. El deber y la norma no pueden concebirse separadamente de lo posible y de las condiciones de existencia (necesidad).

La ética, como saber de lo moral, debe ser examinada desde una perspectiva crítica (metodológica y conceptual), de la misma manera que ocurre con cualquier otro ámbito de conocimiento (metaciencia, metaética). «Quien atribuye a la filosofía una función crítico-regulativa como metaciencia, no puede negarle esa misma función como metaética. A mí me parece que la primera exigencia en este sentido es la admisión de la lógica también para la argumentación ética. Como tarea central de una filosofía moral crítica hay que considerar no el análisis de las expresiones éticas, sino el examen crítico de los complejos de fundamentación en la argumentación ética, la evaluación crítica de los principios morales y la crítica de los sistemas éticos predominantes y de la moral dominante. Un racionalismo que defina de esta forma la función de la filosofía moral no puede limitarse, sin embargo, en modo alguno al reconocimiento de la lógica. Tiene que llevar, además, lo mismo que en el terreno de la ciencia, al rechazo de toda autoridad y de todo dogma. (...) No es la fuente de los principios morales de que se trate lo que ha de ser decisivo para su enjuiciamiento, sino sus repercusiones en la vida social.» (*Ética y metaética.*) □